

calma dirigiéndose á su auditorio: Señores, si no os sirve de molestia, continuaremos. Una salva de aplausos fué la contestación; y todos continuaron en sus puestos.

«De estas dos noticias se desprende: que unas infelices mujeres se anegaron en compañía de su cura y de su Dios; y que una hombra estalló á los piés de un escomulgado profesor que estaba explicando profanamente *economía política*, sin causar la menor lesión á ninguno de los concurrentes. Con que vaya V., sea católico, y crea además en un Dios tan bárbaro!...»

## BIBLIOGRAFÍA.

### EL CLERO, SU ORIGEN, SUS VICIOS Y SUS CRÍMENES.

HISTORIA DE LOS SACERDOTES DE TODAS LAS RELIGIONES, por Joaquin M. B. (Precio 2 rs. Barcelona, Luis Fiol y Gros. — Editor.)

Este notable folleto del autor de «*Guerra á Dios!*» y que está dedicado á la *Asociación libre-pensadora de Barcelona* presenta en sus doce partes, todas de un grandísimo interés, las acciones y propositos de la mas funesta y desoladora plaga de las sociedades, del sacerdocio, perseverante enemigo de las mas dignas energías y libertades humanas; pone bien de manifiesto lo que es el clericalismo que emponzoña la vida secular en toda su escala, que se apodera del niño por el bautismo que dispone del adulto por el matrimonio, que subyuga al anciano en la muerte... que se nutre y se multiplica y vive conforme el prójimo se desvive.

Bellas y acertadas páginas casi todas las del folleto y de muy útil enseñanza histórica, faltaríamos si no las recomendásemos á todo el que ame la justicia y la moral — entendiéndose que la recomendación es en interés del lector no porque el folleto la necesite.

Nos permitiremos al propio efecto transcribir algunos párrafos:

«Desde que la ignorancia, cerrando los ojos creó á Dios; desde que el fanatismo, hincándose de rodillas, creó la religión; desde que la superstición arrastrándose por el lodo creó al sacerdocio; hasta que el hombre supo que era hombre y supo serlo, trascurrieron muchos siglos, en que la humanidad, ciega, guiada por el crimen que le hablaba en nombre de Dios, y por el vicio que le hablaba en nombre de la fé, cruzaba errante el mundo, que á sus ojos se ofrecía como un santo páramo desierto, rodeada de tinieblas, pisando cieno, lloviendo sangre; pero cumpliendo, á su pesar tal vez, la ley ineludible del progreso, ley que la naturaleza parece haber escrito en caracteres de estrellas en el cielo, en caracteres de flores en los campos, en caracteres de perlas en el fondo de los mares, en caracteres de amor en el corazón de los pueblos.

«Y la humanidad, en fin, en una de sus evoluciones progresivas, al conquistar su libertad, al borrar con el bautismo de su redención social el estigma de condenación con que la fé manchaba su frente, ha arrojado lejos de sí esa execrable triada, ante cuyos altares solo era aceptable el holocausto de la razón ó el sacrificio de la conciencia.

«Hoy Dios sucumbe, la religión agoniza, pero hoy aun el sacerdocio se arrastra entre nosotros como asqueroso reptil, y pretende empozonar con su inmundicia hácia la sociedad, é infestar con su mofético aliento, la atmósfera de amor, paz y libertad que aspira el hombre. Y mientras ese reptil se desliza en tortuosos giros sobre el lodo, mientras el tiempo no haya borrado la señal de su paso sobre la tierra, en ella la justicia social no será mas que un nombre; y la independencia moral no será mas que un sueño.

«La teocracia, ya moribunda, pretendiendo volver á la vida real, volver á empezar una nueva serie de crímenes, y para ello, confiando en la tolerancia que ésta, usando de la imprenta que maldice y aprovachándose de la libertad que deslata se esfuerza en conseguir su rehabilitación; Como si un momento de falso y tardío arrepentimiento pesara tanto en la balanza de la justicia como sesientos siglos de iniquidades y torpezas!; Como si una sola hipócrita lágrima bastara á lavar una mancha de sangre mas grande que el mundo, pues llenó conciencia!

«Y es preciso, es indispensable oponerse á sus maquinélicos

proyectos; es necesario para anonadar al clero y acabar con sus esperanzas, que son otras tantas amenazas, y para ello basta poner ante su vista, su mayor enemigo; la historia, está encionando las heridas que el sacerdocio infiriera al hombre y recordándole las persecuciones y los martirios de que ha sido victima; hará imposible el triunfo de ese hediondo cuerpo que cree ¡ilusio! volver á dominar en un siglo en que el hombre no necesita para nada de Dios ni de la religion.»

«No contentos aun los sacerdotes con dominar en absoluto sobre su razon y sus sentimientos, no satisfechos con destruir la primera embruteciendo á los segundos, quisieron hacerse dueños del cuerpo del hombre, y para lograrlo le dividieron en partes cuya posesion repartieron á distintos dioses; los cabellos los dieron á Pemoon, la cabeza á Phré, los ojos á la diosa Hathor, las orejas á Macedo, la nariz á Anubis, los labios á Osiris, el cuello á Isis, las rodillas á Neith, los codos al dios de Lyher, las espaldas á Sischo, los muslos á Balha, las piernas á Nephé, los piés á Phtah.

«Perteneciendo, pues, á diferentes dioses el cuerpo de sus adoradores, el clero, ministro omnipotente de las huestes celestiales disponia de él á su an'jo, y así lo vemos emplearle, obligándole á trabajar ya construyendo colosales templos y magníficos palacios, ya labrando elevados monolitos, ya edificando subterráneas necrópolis, ya en esos monumentos inmensos en que los sacerdotes enterraban el cuerpo de los reyes, y el pueblo enterraba con el sudor de su frente, sus lágrimas y su sangre, trabajos que ejecutaba bajo la severa mirada de un vigilante que no le dejaba un momento de reposo en que abrazar á su esposa, en que besar á sus hijos; trabajos en que muchas veces al esculpir con su cincel caracteres geroglíficos, en el granito del muro, debia renegar de su ignorancia que no le permitia leer en ellos lo que era tal vez el horrible anatema de esclavitud eterna que el sacerdocio lanzaba sobre su cabeza y habia de pesar sobre la frente de los hijos de sus hijos.

«Pero apesar de todo su poder, la teocracia que habia humillado á sus piés, la régia magestad de los monarcas de la tierra; la teocracia que para ascender á su nefando trono, se servia como de escabel del cuerpo de sus súbditos; no pudo hacer su esclavo al tiempo, y este vió desmoronarse y caer su poder antes omnimodo, y vió surgir una nueva idea que pronto regeneró el mundo.

«Hoy nada queda de aquel inmenso poder de la teocracia egipcia; hoy el caballo del árabe nómada halla su pasto entre las arruinadas columnas de un templo, mientras eleva de su pipa espirales de humo tendido indolente sobre el sarcófago de algun dia; y las ráfagas del simón derrumban con su ardiente hábito las esfinges y las cubren con un sudario de movediza arena, y los reptiles se esconden apresurados, entre las grietas abiertas entre los sillares de las pirámides, al paso de los camellos de las caravanas que se disponen á atravesar el desierto.»

«Al ocuparse de la poderosa arma que la Teocracia encontró en las excomuniones y anatemas, el autor dá á conocer el siguiente curioso trozo de cierta excomunion:

«Maldigante el cielo y la tierra y todos los santos del Paraiso, Maldito sea doquier habita, en el campo, en el camino, en el valle, en el bosque, en el agua. Maldito sea al vivir, al comer, al beber, al..... (1) al ayunar, al dormir, al soñar, en el trabajo, en el descanso, en la hora de la muerte. Maldito sea en toda la parte de su cuerpo; maldito sea por dentro; por fuera; maldita su cabeza, su frente, sus ojos; maldito desde la punta de sus cabellos hasta la planta de su pié; no haya en el salud, por los siglos de los siglos presencien los cielos y la tierra su suplicio. Maldita sea su comida, maldito sea todo lo que le pertenezca, desde el perro que ladra hasta el gallo que cacarea; sea su cuerpo como los de Dathav y Abiron que el infierno tragó vivos, y repose su alma al lado de la de Judas; no tenga otra sepultura que la de los asnos, y extingase su vida en el mundo como una luz en medio de las tinieblas. Amen.»

En las últimas páginas el autor previene que en otro folleto se ocupará estensamente de la historia del clero en España. No hay duda que ofrecerá grandísimo interés. Asunto tuviera para muchos volúmenes.

(1) La decencia nos prohibe traducir algunos verbos latinos que se ven en el texto.